

PENSAR LA PANDEMIA

UN DIÁLOGO URGENTE
DESDE LA
UNIVERSIDAD



ANTONIO
RUIZ
DE MONTOYA
UNIVERSIDAD JESUITA

En los momentos en que se fundaba el sistema universitario, uno de los primeros en sentar sus bases, Hugo de Saint Victor, se propuso inventariar todos los campos del conocimiento vigentes en aquel siglo XII, desde las grandes abstracciones de la dialéctica o la teología, hasta las técnicas más básicas como la textilera y la caza.

Su objetivo era encontrar una coherencia de conjunto a toda actividad humana, ya fuese teórica, reflexiva o práctica, manual. Siglos antes, Aristóteles había hecho un ejercicio similar, indagando lo propio de la *naturaleza humana* y siglos después, lo seguimos haciendo en nuestros días, cuando subyacente a los efectos de la pandemia de la COVID-19 nos cuestionamos por la conexión entre prácticas educativas virtuales y el sentido de la formación de nuevas generaciones. Hugo de Saint Victor pasó a la historia como uno de los padres de la pedagogía debido a su convicción en que el conocimiento humano en cualquiera de sus dimensiones adquiere sentido en la medida en que expresa el recorrido consciente del sujeto hacia un objetivo: lograr la trascendencia. Para él, esto no era otro que la unión con la divinidad. Aprendizajes, didácticas y metodologías tuvieron presente desde el inicio de la reflexión intelectual universitaria estas dos dimensiones, la teórica y la práctica (moral); la contemplación y la actividad intramundana. Años más tarde, la escolástica nacería y con ella, la arquitectura del pensamiento de Tomás de Aquino, la cual llevaría a su perfección teórica aquella primera intuición del maestro Hugo.

Desde entonces, los maestros universitarios de canteras distintas, y con ideologías e historias diversas, cada uno, a su modo, tejen sus biografías en el *medium contemplativo*, pasando de la observación o la experiencia a la interpretación; y es allí donde navegan y reflexionan con su cotidianidad particular forjando los eslabones entre pasado y futuro, concatenando una variedad casi infinita de relatos que prolongan los surcos del saber humano. En ese entramado de imágenes, conceptos y conexiones de ideas, germinan y evolucionan los productos culturales que forman el entorno en que vivimos. Los procesos culturales humanos son posibles gracias a la transmisión y el incremento de saberes y que pueden adquirir una dimensión de profundidad gracias a la capacidad contemplativa de aquellos maestros que nos ayudan a ver más allá de lo evidente, impulsándonos a distinguir y hacer visible lo esencial.

La mirada contemplativa de la realidad no deviene solo con la mera asimilación de aprendizajes o a través de sesudas reflexiones a las que podemos exigirnos. El paso previo se encuentra precisamente en desarrollar nuestra sensibilidad ante la realidad, de lo contrario, aquello que transmitimos carecerá de la resonancia capaz de hacer eco en los demás. Percibir la realidad requiere sentirla, en otras palabras, experimentarla en lo más profundo de uno. *No el mucho saber harta y satisface el alma*, decía san Ignacio, *sino el sentir y gustar de las cosas internamente*. Es esta interioridad propia de la experiencia del conocimiento la que funda la transmisión de los saberes como estrechamente relacionados con una percepción contemplativa del mundo. Entender contemplativamente la realidad del otro es sentir, con ella/él/lo otro, las encrucijadas, dudas o sufrimientos que padezcan. Así, esta conexión entre el saber y el sentir es el legado de la tradición ignaciana que en toda institución educativa jesuita buscamos encarnar, animar y promover.

Esa capacidad de querer buscar lo esencial, de escudriñar cada experiencia vivida y descubrir algo que nos eleve la mente y el corazón hacia lo más sublime, no tiene nada que ver con el estereotipo del intelectual perdido entre una ruma de libros, distraído de su entorno y abrumado por la erudición que solo sirve para aturdirlo en lugar de simplificar su mente para estar atenta a lo esencial. Es todo lo contrario, pues será en la atención a lo cotidiano o a lo mínimo que late en el entorno y en nosotros, que podremos ahondar en ese sentido que paso a paso, a través de los años, vamos confiriendo a la existencia. En una lógica evangélica, todo es importante; leer los “signos de los tiempos” es una tarea intrínseca de la mirada contemplativa.

La experiencia de la pandemia nos remite a una sensibilidad que conviene reflexionar. Si bien es cierto que no se trata de una tragedia inesperada o inédita en la historia de la humanidad, las circunstancias históricas hoy realmente globales, la hace distinta de otros eventos dramáticos del pasado. Pero también es cierto que nuestros ancestros vivieron uno tras otro, desde el inicio de la historia humana, periodos análogos y en diversas escalas. En esta situación de raíces atávicas, emerge una vez más esa vieja memoria latente en nuestro código genético, recordándonos con firmeza la temporalidad y fragilidad de nuestra existencia.

Como maestros que investigamos el sentido de aquello que vivimos, nos hemos preguntado: ¿qué nos corresponde decir en un momento como este, en tanto comunidad de docentes que dedicamos nuestra vida a observar parcelas de la realidad, buscando construir sentidos que a su vez engendren coherencia en la vida social? Nos corresponde impulsar aquello que quienes nos anteceden en el tiempo y en esta misma labor hicieron: ayudar a experimentar la realidad haciendo que ella sea propiamente humana. Nunca agotaremos qué es lo humano, es cierto, pues quizá lo propio del ser humano es —siguiendo a Heidegger— preguntarse por su ser; por el ser de cada instante y cada partícula de lo real. Sin embargo no podemos eximirnos de esta indagación por más evidente o repetitiva que pueda parecer. Y es a esto a lo que se ha lanzado el claustro docente de la Ruiz de Montoya, a traer esa memoria del pasado humano que como especie nos impulsa a responder a preguntas esenciales que suelen surgir en situaciones límite, como la que hoy experimentamos todos. En esta bisagra de un mundo que concluye y otro que se inicia, creemos que investigar es no solo un llamado de nuestra naturaleza, sino también un estímulo para atisbar aún más los pliegues de nuestra humanidad.

En un llamado a hacer del trabajo universitario y la investigación algo más que un mero recuento de estándares establecidos por sistemas del capitalismo competitivo y desencantado, nos atrevemos a decir a través de los docentes participantes en esta reunión de ensayos, que somos una comunidad que no solo reflexiona, sino que siente la realidad. En momentos críticos pero a la vez llenos de nuevas posibilidades, expresamos de algún modo, que es desde allí que queremos seguir apostando por una reflexión, formación e investigación, en estrecha conexión con la realidad, así como con la interioridad más íntima que nos habita.

PRESENTACIÓN
JUAN DEJO, SJ
Dirección de Investigación

LA NUEVA CONVIVENCIA

05 La explicación era más sencilla
JOSEPH DAGER
Programa de Humanidades

08 De cómo el trabajo en casa nos cambió nuestra vida cotidiana
SANDRA PINASCO
Directora del Departamento Académico de Humanidades

10 Los mochilas y el género: una forma de manejar las crisis en el Perú antiguo
SOFÍA CHACALTANA
Programa de Humanidades

12 Cambiaron los planes: nuevas rutas para el sector turismo
ROCÍO LOMBARDI
Directora de la Escuela Profesional de Turismo Sostenible

14 El mundo que dejaremos ir
SOLEDAD ESCALANTE BELTRÁN
Escuela Profesional de Filosofía
Directora de la Revista Sílex

DESAFÍOS PARA OTRA EDUCACIÓN

17 "Virtualizar las clases": algunos apuntes desde las literacidades y la virtualidad
ROBERTO BRAÑEZ MEDINA
Programa de Humanidades

19 ¿Qué aprendemos en esta cuarentena?
RAFAEL EGÚSQUIZA
Director del Instituto de Investigación y Políticas Educativas

21 El problema COVID-19: un reto teórico de alta complejidad
RICARDO L. FALLA CARRILLO
Director del Programa de Humanidades

23 De lo presencial a lo remoto. Experiencia educativa durante la pandemia en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya
ALEJANDRA TORRES
Escuela Profesional de Educación

ENFOQUES PARA LA COMUNICACIÓN

26 Una otra forma de comunicar, por favor
JENNY CANALES
Directora de la Escuela Profesional de Periodismo



28 Comunicación online y comunidad en la pandemia. Conectarnos para dejarnos ver
FRANKLIN CORNEJO
Escuela Profesional de Periodismo

A PARTIR DE LAS CIFRAS

31 ¿Cuánto cuesta este país?
MARIO RONCAL ZOLEZZI
Director de la Escuela Profesional de Administración

33 El pulmón del mundo sin oxígeno: la paradoja de la COVID-19
JORGE ELGEGREN
Director de la Escuela Profesional de Economía y Gestión Ambiental

35 Los otros vulnerables de la pandemia: la población venezolana en el Perú
ISABEL BERGANZA
Vicerrectora Académica

37 Una colisión muy previsible
FERNANDO VILLARÁN
Decano de la Facultad de Ingeniería y Gestión

LOS EMERGENTES DE ESTA CRISIS

40 Erradicar la otra pandemia
EVA BOYLE
Escuela Profesional de Educación
Coordinadora del Instituto de Fe y Cultura

42 Vulnerabilidad y solidaridad. Cinco apuntes desde la filosofía
ANTONIO PEREZ
Escuela Profesional de Filosofía

44 Sobre la COVID-19 y su impacto en la sociedad
CARLOS VARGAS
Escuela Profesional de Ingeniería Industrial

45 La naturaleza y el cuerpo
MARIO GRANDA
Programa de Humanidades

47 La pandemia como amenaza al pensamiento
MIGUEL FLORES-GALINDO
Director de la Escuela Profesional de Psicología

49 Que no sea en vano
EDUARDO VEGA
Director de la Escuela Profesional de Derecho
Director del Instituto de Ética y Desarrollo

ÉTICA PARA LOS TIEMPOS DIFÍCILES

52 Hacia una posible ética global
CARLOS TOLEDO
Coordinador académico del Programa de Humanidades

55 Develar la mentira, un desafío en pandemia
VÍCTOR CASALLO
Director de la Escuela Profesional de Filosofía

57 Ajustar la mirada. Reflexiones éticas para la cuarentena
GONZALO GAMIO GEHRI
Escuela Profesional de Filosofía

59 Espiritualidad de la privación
RAFAEL FERNÁNDEZ HART, SJ
Rector



Año 01 – N° 01 – mayo 2020

© Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Jesuita. Avenida Paso de los Andes 970, Pueblo Libre, Lima 21. Telf.: (511) 719-5990
www.uarm.edu.pe

Director:
Juan Dejo, SJ

Edición:
Ana María Guerrero

Diseño de portada y diagramación:
Mauricio Martín Cacho Vergara
Diseñador Gráfico de la Oficina de Marketing y Comunicaciones

Producción editorial:
Fondo Editorial

Prohibida su venta
Derechos reservados. Se autoriza la reproducción total o parcial de este documento, siempre y cuando se haga la referencia a la fuente bibliográfica.





LA NUEVA CONVIVENCIA

LOS MOCHICAS Y EL GÉNERO: UNA FORMA DE MANEJAR LAS CRISIS EN EL PERÚ ANTIGUO

.....

SOFÍA CHACALTANA

PROGRAMA DE HUMANIDADES

.....

10

Al pensar en un día como cualquier otro de hace 279 000 años, solemos imaginar a un hombre que sale de casa a domar a la naturaleza. Y pensamos que lleva consigo las armas que en las últimas semanas se ha dedicado a limar. Y mientras este hombre sale, también hemos imaginado a los hijos y a la mujer que viven con él, en casa, en una espera inerte. Sin saberlo, y una vez más, una de las falacias más famosas de la historia de la humanidad ha hecho efecto. Actualmente, la crisis que vivimos a nivel global está relacionada a la depredación antrópica del medio ambiente. Un modo de estar en el mundo que nace del mito de la superioridad del hombre sobre la naturaleza, entendiéndose éste fuera de las dinámicas de aquella. Sin embargo, ¿es realmente posible que el hombre o la mujer hayan estado fuera de las dinámicas de la naturaleza? Cuando salgamos de casa, ¿el hombre reclamando su virilidad y poder primigenio y ancestral, todavía estará allí?

En el momento en que las crisis, como la pandemia de la COVID-19, y las falacias construidas desde el imaginario histórico se interceptan, construyen escenarios donde el mito se transforma en realidad. En las noticias locales y mundiales, vemos que la carga de la economía del cuidado de la familia y del trabajo doméstico bajo aislamiento y confinamiento ha sido adjudicado o asumido por las mujeres como tarea natural, legitimado por una supuesta condición biológica. Bajo este contexto, la crisis es doble para las mujeres, y triple si tomamos en cuenta la violencia de género vivida dentro de las unidades domésticas, experiencias que tendrán consecuencias perpetuas para ellas y la sociedad. Entendemos entonces que, si la crisis y la pandemia afecta a todos, no afecta a todos por igual.

¿Qué hacían los pobladores y pobladoras del Perú antiguo ante situaciones como estas? En aquellas épocas hubo crisis climáticas y políticas, guerras de conquistas y varias enfermedades (uta, verruga peruana, sífilis y tuberculosis) que azotaron, afectaron y derrumbaron sociedades, que provocaron miedo. Ante ellas hubo varias respuestas, algunas llevaron al colapso a grandes Estados, y en otras, las sociedades demostraron resiliencia. Sin embargo, en todos los casos se entendía la necesidad de utilizar toda la fuerza laboral, tanto de hombres como mujeres, por lo que se utilizaron estrategias de trabajo comunitario como el *ayni*, que permitía reconstruir canales, construir puentes, casas o caminos, almacenar comida, entre otras tareas. Se concebía que las deidades que habitan el medio ambiente, si bien pueden ser dadores de vida, también pueden ser destructoras. Por ejemplo, si el agua puede transitar fértil a través de un canal que lo lleve a irrigar chacras, también puede presentarse de manera destructiva y generar grandes *huaicos* o deslizamientos de tierra que destruyen todo a su paso.

Así, los colapsos sociales provocaron el fraccionamiento o desintegración de grandes estados como el Wari y Tiwanaku (alrededor del 1000 d.C.), pero también, respuestas de resiliencia que

motivaron el aprovechamiento de tierras marginales en zonas de desierto costero, cuando se volvían fértiles oasis donde migraban peces, aves y animales, luego de Fenómenos de El Niño. En otros casos, el abandono de grandes ciudades provocaba procesos migratorios, y en las conquistas, se implantaban políticas que creaban diásporas humanas que transformaban el territorio. En la cosmovisión local, se atribuían las enfermedades, las sequías y las malas cosechas, los *huaicos* o los fenómenos climáticos, a una pérdida del equilibrio del orden social, que debía ser restaurado a través de la realización de ofrendas a las deidades. Por este motivo, era necesario mantener relaciones sociales horizontales con las fuerzas que habitaban en el medio ambiente.

Una historia del manejo de una crisis que nos ha llegado hasta nuestros días a través de imágenes legadas por los artistas de la sociedad Mochica de la costa norte del Perú, desarrollada entre el 200 al 850 d.C., ha sido la llamada “Rebelión de los Objetos”. En esta escena, que se aprecia en vasijas de finos dibujos, se identifican objetos, armas y ruecas (o piruros) humanizados, con piernas y brazos, que toman como prisioneros a hombres guerreros, a quienes arrebatan sus armaduras y cascos, y los dejan desnudos, listos para ser sacrificados en complejas ceremonias. Los objetos, así como las personas en el mundo andino-amazónico, inician su vida social a partir de las relaciones sociales que entablan con otros humanos, animales y otros objetos. Es así como una mujer aprende a utilizar y manufacturar tejidos con los hilos, los piruros y los telares, gracias al movimiento de sus dedos, inclinando su cuerpo, cruzando los hilos, y creando complejos y finos patrones textiles; su cuerpo mismo, con el tiempo, aprende a ser y performar aquello que significaba ser mujer; y los objetos utilizados, también van adquiriendo cualidades y características vitales propias. Los cuales adquieren un rol activo y logran desarrollar proyectos propios como ocurre en la “Rebelión de los Objetos”, que además la dirige una mujer. La famosa sacerdotisa, identificada en la iconografía de la que hablamos y en los descubrimientos arqueológicos, vestida con un tocado de donde emergen penachos y serpientes, está asociada a la luna, al mar y al mundo de la noche, los domina y transita. Esta sacerdotisa, que es poseedora de fuerzas andróginas, dirige a los objetos con fuerzas femeninas y masculinas, según la cosmovisión mochica, que toman por prisioneros a los hombres, que luego serán ofrendados para devolver el equilibrio a la sociedad y al mundo.

Luego de analizar esta pieza artística del antiguo Perú, en la actualidad al igual que en el pasado, la élite consume el cuerpo de las personas que no son sus iguales; mientras en el pasado se bebía la sangre en rituales de sacrificio, en la actualidad se toma la vida de las personas a través del trabajo y la explotación. Si bien no queremos volver a tiempos mochicas donde había sangrientos sacrificios humanos, tampoco queremos volver a la antigua

normalidad antes de la COVID-19, donde se sacrifica y explota a la naturaleza y el medio ambiente, a los humanos marginalizados. A un orden de las cosas en el que no se escucha a la tierra empobrecida, a las comunidades indígenas ni a los migrantes extranjeros.

Desde una lejana voz aún vigente, ¿nos estarán diciendo los mochicas que las fuerzas femeninas/masculinas no están asociadas biológicamente a ningún cuerpo?, ¿Qué el mito del “hombre cazador” se presta como legitimador del hombre que ejerce violencia y poder en la casa? ¿qué si abusamos de nuestros poderes humanos, y desequilibramos el mundo, este buscará su propio equilibrio? ¿Qué si somos depredadores, también podemos ser depredados? Y finalmente, ¿qué los humanos somos parte de la naturaleza y hemos evolucionado dependiendo de las dinámicas de esta?

Quizá sea esta la oportunidad de reconstruir otra historia fundacional. Una en la que hombres y mujeres encuentren un modo de estar en el mundo que exija entenderse desde la comunidad, pero no sólo desde la humana, sino en diálogo con el medio ambiente y los otros seres que lo habitan.

En el momento en que las crisis, como la pandemia de la COVID-19, y las falacias construídas desde el imaginario histórico se interceptan, construyen escenarios donde el mito se transforma en realidad. En las noticias locales y mundiales, vemos que la carga de la economía del cuidado de la familia y del trabajo doméstico bajo aislamiento y confinamiento ha sido adjudicado o asumido por las mujeres como tarea natural, legitimado por una supuesta condición biológica.



FRAGMENTO DE LA ESCENA “LA REBELIÓN DE LOS OBJETOS” DONDE SE OBSERVA PORRAS, ESCUDOS, Y OTROS OBJETOS ANTROPOMORFIZADOS CON BRAZOS Y PIERNAS QUE TOMAN A HUMANOS COMO PRISIONEROS. TAMBIÉN SE VE A LA MUJER DENTRO DE UNA ESTRUCTURA OBSERVANDO LA REBELIÓN, ASOCIADA A ELLA ESTÁ EL MUNDO SUBMARINO DONDE ESTÁN ALGUNOS ANIMALES MARINOS.

Fuente: Imagen de Donna McClelland/The Christopher B. Donnan and McClelland Moche Archive, Dumbarton Oaks (ID 16907375). Puede acceder aquí: <https://bit.ly/2XvCCzi>



ANTONIO
RUIZ
DE MONTTOYA

UNIVERSIDAD JESUITA

www.uarm.edu.pe